

ANÉCDOTAS

No es cosa siempre de escribir, y menos en una revista de la variedad que encierra la EUSKAL ERRÍA en su dilatada colección, de asuntos siempre de determinado carácter, conviniendo alternar lo útil con lo agradable, y no muy sobrada de materiales para lo primero en esta tierra, en el sentido vascongado que informan mis escritos para esa revista, heme de refugiar siquiera momentáneamente en lo segundo refiriendo a mis lectores varias anécdotas, cuya autenticidad garantizo y que se refieren a cosas y personas, muy conocidas en su tiempo en la provincia de Guipúzcoa, a la que algunos de ellos prestaron grandes servicios en su época, pues dicho se está que nos referiremos a tiempos que nada tienen que ver con los actuales y ninguna de las personas aludidas existen ya.

*
* * *

Desfilaban por las calles de cierta ciudad fuerzas de infantería, con ese marcial arranque típico de la española, cuando al divisarlas, una donostiarra dice a su acompañante ¡mira, mira 'el regimiento de Valencia! (1)

¡Creía la interpelante que todos los regimientos de infantería llevaban el mismo nombre!

*
* * *

Se celebraba un juicio oral por lesiones ocasionadas en una taberna a consecuencia de cuestión de juegos y el procesado explicaba el hecho: —Eché tal carta, el otro cual y mi compañero tal y yo le dije: «animal,

(1) En aquel entonces guarnecía San Sebastián el 23 de línea.

eso es una barbaridad », trabándonos entonces de palabras, etc., etc....

El presidente, furibundo jugador de tute, interrumpe: ¡a ver, a ver, repita el procesado cómo fué!

Vuelve a explicar y al describir la jugada y decir «animal!, es una barbaridad», salta el presidente: «¡Naturalmente!»

Estupefacción en los demás señores, hilaridad general y asombro del procesado ante la presidencial espontaneidad.

*
* *

La guerra civil había arrasado un pueblo que, defendido con tesón, no dió entrada a las fuerzas carlistas.

Un propietario oriundo de aquel pueblo, terminada la contienda, hubo de visitar una de sus casas solares radicantes en la villa, que cual todas las de la misma se hallaba sin techo y destrozada por las granadas.

Una personalidad de la villa creyóse en el caso de pasar a cumplimentarle y el propietario hubo de excusarse de poder ofrecerle una silla ante el estado desolador en que se hallaba todo, y el visitante, conocidísimo por sus opiniones rabiosamente carlistas, hubo de decirle: «qué quiere usted, desde aquí les molestaban»; el propietario, hombre de corpulencia, contentóse con agarrar de un brazo al visitante y ponerlo en la vía pública.

*
* *

Un ilustre prócer, algo aficionado sin duda al bello sexo, sitiaba y asediaba a una de sus domésticas, quien no sabiendo ya cómo hacerle levantar el cerco, hubo de ocurrírsele la diabólica treta de hacer que el prócer con un mandil hubiera de ayudarle en el amasamiento del pan, y cuando más entretenidos se hallaban en la tarea, la señora, previamente avisada, sorprende el pintoresco cuadro e interpela:

—Pero fulano, ¿dónde tienes la cabeza?

La respuesta del prócer es intraducible.

*
* *

En una oficina de carácter público entra una señora, y al contemplar una soberbia fotografía, representativa de un monumento estatuario, exclama, dirigiéndose al funcionario jefe de la oficina:

— ¡cómo se conocen sus ideas políticas!

El funcionario, que jamás ha hecho mención de ellas, ni colige por dónde pueden suponérselas, hace el consiguiente gesto de extrañeza y ante él replica la señora :

—¡Así tiene usted ahí el retrato de D. Carlos!

El retrato era de Elcano, reproducción de la estatua de Bellver.

* * *

Corrían los tiempos del sufragio restringido y se hacía necesario reforzar una votación: al secretario de cierto pueblo se le ocurrió el medio de hacer a cada ciudadano, mayor de 25 años, poseedor de un cerdo, y cuando le advirtieron la posibilidad de la comprobación de lo que en el fondo era una falsedad, decía:

— ¡Quiá!, hecho el censo, todos los cerdos se mueren de una epidemia.

* * *

Jugóse cierto partido de pelota, de aquellos ya en olvido, de pueblo contra pueblo, y los vencidos regresaban a sus hogares, cuando hallaron en su camino a personalidades de la villa que les interrogaron sobre el resultado, y pesarosos dijeron:

— ¡Hemos perdido!

— ¡Pues estáis en paz! — interrumpe una de las personalidades.

— ¿Cómo en paz? — replican airados los jugadores.

— ¡Pues claro!, en la taberna habéis ganado estas anteriores noches y ahora perdido en la plaza, pues ¡en paz!

* * *

El señor párroco y el alcalde eran hermanos, pero estaban reñidos y era costumbre de la localidad que el jueves Santo el alcalde llevase la llave del sagrario impuesta por el cura: éste, un año se la impuso a sí mismo no queriéndosela imponer al alcalde y éste a su vez, terminado el oficio, púsose a pasear por la puerta de la iglesia y al querer salir el cura opúsose a su salida así como a que de casa le entraran comida alguna.

Terco el uno y tozudo el otro, fueron transcurriendo las horas hasta que, llegado el anochecer, el cura, no pudiendo resistir más, se quitó la llave echandósela al alcalde, diciéndole:

—Toma ese *demonio* de llave y déjame irme a casa.

Llegó el día siguiente y al devolverla el alcalde al cura, le dijo:
— Te devuelvo el *demonio* que me diste.

*
* *

Noche calurosa, tibia, de ardor, amanecer laxo, enervante.

Adán, radiante, reposa y despierta.

Eva interroga: ¡Oye una letra de cambio!.....

Adán se desmaya; ¡no es para menos el planteamiento de una consulta jurídica mercantil internacional al amanecer de un día de primavera!

ANGEL DE GOROSTIDI

Gerona 10 Septiembre 1917.
